

## **PRESENTACIÓN:**

**El 13 de junio de 2017 se celebra en la Argentina el “DÍA DEL ESCRITOR”.**

**Dicha fecha fue elegida en conmemoración del natalicio de uno de sus grandes literatos: Leopoldo Lugones (1874-1938).**

**Lugones, precisamente, ha sido el primer escritor del país en utilizar al ajedrez en textos de narrativa y de poesía.**

**Roberto Payró (1867-1928), por su parte, resultó pionero al incluir al juego dentro de una obra de teatro.**

**A ellos les está dedicado este artículo, que hoy presentamos, el que ha sido producido por el investigador argentino Sergio Ernesto Negri.**

# **LA FICCIÓN ARGENTINA POSA SU MIRADA EN EL AJEDREZ CON LOS MODERNISTAS LUGONES Y PAYRÓ<sup>1</sup>**

**[Por Sergio Ernesto Negri]**

En el siglo XIX, el de la independencia y conformación del Estado nacional argentino, el ajedrez aparece en escritos en los que se reparaba en su práctica social o como parábola de acciones de índole militar. Son pioneros en ello Domingo Sarmiento y Juan Bautista Alberdi quienes lo emplean sobre todo en tono historiográfico (para aquél, por caso, el sitio de Montevideo era “*un jaque mate sin salida*”).

Los generales Bartolomé Mitre y Gerónimo Espejo registran que el Libertador José de San Martín lo jugaba. José Mármol, el autor de *Amalia*, lo practicó confinado en prisión en tiempos de Rosas. Juana Gorriti, la primera escritora, lo empleará en sus crónicas de época. Hacia fines de la centuria, el franco-argentino Paul Groussac no podrá olvidar a un Napoleón ajedrecista y Lucio López describirá las tertulias de ajedrez y política en el mítico Club del Progreso de la pujante ciudad de Buenos Aires.

Eduardo Wilde, entre un siglo y otro, acudirá a él reiteradamente al describir sus viajes (era diplomático): en Japón jugará al *shogi* y recibirá una condecoración del *shah* de Persia al ganarle al ajedrez a uno de sus visires. En su obsesión llegará a observar: “*Un jugador de ajedrez por ejemplo, va por la calle jugando con los transeúntes*”. El socialista Juan B. Justo lo mencionará en 1898 en una arenga política.

Todas fueron referencias asociadas a hechos reales. Hubo una excepción: el siempre precursor Sarmiento, al publicar en 1842 en el diario *El Progreso* de Santiago de Chile un intercambio de cartas de dos damas, en rigor inventó esos personajes con los que se permitió retratar la sociedad

---

<sup>1</sup> Maestro FIDE, escritor e investigador. El texto está basado en su libro, aún no publicado, en el que se analiza la relación del ajedrez en la literatura argentina.

trasandina. En una de ellas se argumentó que no podía ser un buen amante el caballero que no sabía jugarlo con propiedad.

Habrá que aguardar al siglo XX para que, con el modernismo, el ajedrez aparezca plenamente en relatos de ficción. Leopoldo Lugones, el primer exponente local de ese movimiento, siguiendo la huella del nicaragüense Rubén Darío, lo hará aparecer en poesía y en cuento. El dúctil escritor argentino, que en política podrá pasar de un temprano socialismo a abrazar un nacionalismo que terminó por ser justificatorio del golpe militar del 30, describió como nadie un tiempo de la Argentina (*“el de los ganados y las mieses”*) y dejará un intenso legado. Para Carlos Altamarino y Beatriz Sarlo se podrá escribir como Lugones o contra él. Jorge Luis Borges dirá: *“Si tuviéramos que cifrar en un nombre todo el proceso de la literatura argentina...ese nombre sería indiscutiblemente Lugones”*. En la Argentina se celebra el 13 de junio de cada año el Día del Escritor en concordancia con su natalicio.



Imagen de Leopoldo Lugones

En *“Los crepúsculos del jardín”*, obra de 1905, se incluye el poema *El Solterón* donde surgen estos versos: *“En la alcoba solitaria/sobre un raído*

*sofá/de cretona centenaria,/junto a su estufa precaria/meditando un hombre está./y...En su garganta reseca/gruñe una biliosa hez,/y bajo su frente hueca/la verdinegra jaqueca/maniobra un largo ajedrez...".*

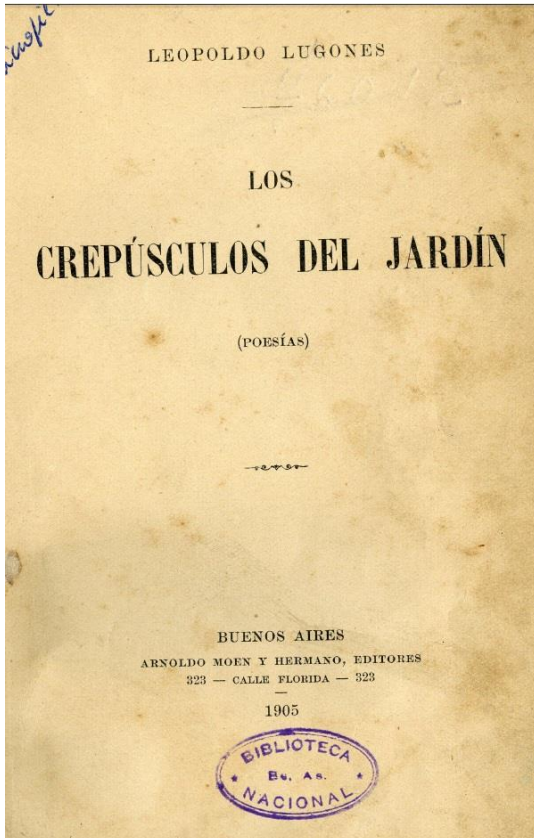


Imagen de "*Los crepúsculos del jardín*" de Lugones donde aparece la primera poesía en la que se menciona al ajedrez en Argentina

Desde ese momento el ajedrez incursiona con fuerza en poesía. Con el tiempo, tres poemas incluso recibirán el propio título del juego, uno de Arturo Capdevila, otro de Alejandra Pizarnik y el inmortal de Jorge Luis Borges. Alberto Laiseca se remontará al *xìàngqí* en su *Ajedrez de País Central*, concretando una virtuosa tetralogía de las letras argentinas.

Ya no en ficción, sino en ensayos, Lugones sospecha que el rey Carlos XII de Suecia, el *Alejandro del Norte*, era un mal ajedrecista. También analiza la raíz etimológica de la palabra francesa "*adouber*" que se empleaba al querer acomodar una pieza propia sin moverla. En esta inquietud se anticipa a su monumental e inconcluso "*Diccionario etimológico del*

*castellano usual*”, que publicó entre 1931 y 1938, donde define *ajedrez* según su origen árabe “*exetrench*”, *el mate* lo asocia a “*asentréch*” y *rey* a “*scheq*” (de ahí viene también *escaque* y el más pedestre *cheque* de las finanzas). Por su parte *alfil* deriva, y es bien sabido, del árabe “*fil*”, *elefante*. Cuando de piezas se trata, Lugones usa otra, la del *roque* (la torre) para aludir al Presidente Roca.

Regresando a la ficción, el uso más cabal que hace Lugones al ajedrez deviene de su notable cuento *Abuela Julieta*, que fue incluido en 1909 en “*Lunario sentimental*”. El relato se ubica en una casa en la que, entre música, diálogos y ajedrez, tía y sobrino ven correr, abúlicamente, sus existencias. Lo relevante es la tensión registrada entre ellos por un amor imposible y no declarado que es sublimado, entre otras cosas, a través de las partidas que disputan sobre el tablero. El ajedrez, entonces, no sólo queda presentado como actividad lúdica de ciertos sectores sociales que disponen de tiempo, sino que también es un instrumento, como en el Medioevo, para un erotismo que, en el caso, es absolutamente reprimido.

El autor parece asociar también al ajedrez con cierta inevitable melancolía. Una revelación: “...*Emilio encontró en el saloncito íntimo el tablero del juego (...) hizo sus reverencias de costumbre y jugó durante dos horas como si no hubiera hecho otra cosa toda la vida. Ni siquiera preguntó a la señora Olivia cómo sabía que a él le gustaba el ajedrez. Verdad es que ella habríase encontrado llena de perplejidad ante esa pregunta...*”. Seguramente la tía habría quedado aún más atónita si se hubiera visto impelida a confesar el verdadero cariz de sus sentimientos, esos que serán recíprocos.

El sensual tablero podía apuntalar reflexiones: “*El silencio del saloncito se volvió angustioso. Con la mano apoyada en la mejilla, la tía y el sobrino, separados apenas por el tablero donde las piezas inmóviles eternizaban abortados problemas, parecían dormir*”. La señora recordó que, cuando cuidó a su entonces joven pariente ante una enfermedad, no debió pasar al terreno de la tentación. Con el paso del tiempo, frente a una relación que no evolucionará lo suficiente, cuando el resplandor de la luna iluminará las canas de ambos, el ajedrez podía officiar de consuelo. Como se ve Lugones

en este cuento utilizó a pleno al juego como recurso literario para explorar y profundizar en la psicología de sus personajes.

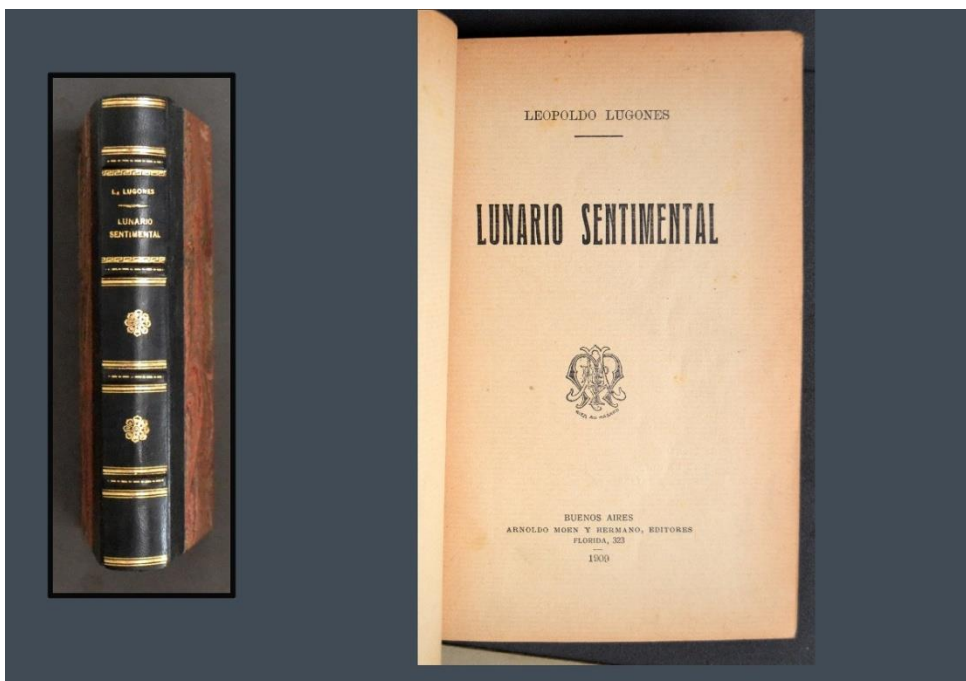


Imagen de “*Lunario sentimental*” de Lugones donde aparece el primer cuento en el que se menciona al ajedrez en Argentina

Nos parece intuir que el escritor por ambas alusiones, en *El Solterón* y *Abuela Julieta*, pudiera creer que en el ajedrecista existe un componente de personalidad que lo lleva a cierta dificultad en asumir compromisos afectivos profundos. El amor, entonces, en sus cultores, podrá estar más en la mente que en los cuerpos.

En menciones al ajedrez en ficción a Lugones se le anticipó, aunque muy brevemente, otro escritor, Roberto Payró, quien lo incluye en el tratamiento de su magnífica obra de teatro “*Sobre las ruinas...*”, cuya trama se centra en el conflicto entre tradición y modernidad.

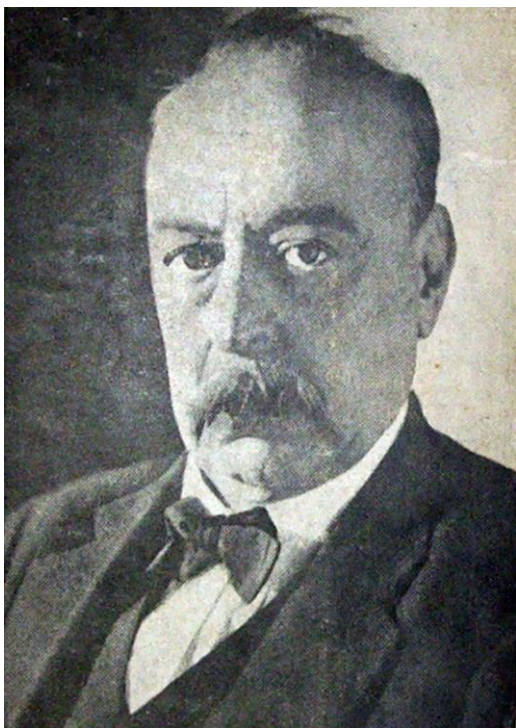


Imagen de Roberto Payró

Ambientada en la zona rural, se observan dos fincas: una dirigida por el conservador don Pedro; otra que pertenecía al más evolucionado señor Fernández. Las posiciones de los *pater familias* son prototípicas y antitéticas. Aparece un ingeniero, de apellido García, que trae novedades de Europa en materia de canalización de aguas. Ante la negativa de Pedro en hacer las obras (“*¡Antes era otra cosa! Aquí no mandaba nadie más que nosotros...; Nadie venía á trairnos costumbres nuevas, cosas de otros países, hablas que no jueran el criollo puro!*”) todo decantará en que su finca se inundará con irremediables pérdidas. Los desagües que se habían hecho en lo de su vecino y para las construcciones del ferrocarril, habían alterado la ecología. Será el negador del progreso quién pagará las consecuencias de esas otras acciones realizadas en su nombre.

Los Fernández, cómodamente instalados en su residencia, observarán los azotes de la naturaleza sin ser afectados (es que, como dice un aparcerero: “*á los ricos no hay cosa que les salga mal*”), por lo que el dueño de casa puede jugar al ajedrez, plácidamente, con García; y darse el lujo de no lamentarse demasiado por la suerte de don Pedro ya que: “*¡Él, sólo él tiene la culpa!*”

*¡Todos los retrógrados mueren de lo mismo!...*”. Pedro, al intentar recuperar lo poco que quedaba de su casa, terminará muriendo ahogado. Otra cruel víctima en la cuenta de la modernidad.



Imagen de “*Sobre las ruinas...*” de Payró donde aparece el primer trabajo en teatro en el que se menciona al ajedrez en Argentina

Las menciones ajedrecísticas son recurrentes en este trabajo de Payró. Fernández, mientras lo juega con su rival, escucha las confidencias de su hija a su esposa (“*¿Supones que no sigo palabra por palabra ciertos coloquios?... ¿que los paso por alto porque pasan en vos baja...so pretexto de no distraernos de la partida?*”). Pero, lo más interesante desde el punto de vista ajedrecístico es cuando la joven le plantea a su progenitor: “*¡Qué cargoso eres con el ajedrez, pá! ¿Por qué no compras el autómata?...Así podrías entretenerte todo el día*”. Ese autómata, más allá de que sabemos que se trataba de un fraude (ya que había en su interior una persona que accionaba el dispositivo), en perspectiva, podía ser visto también como un



artilugio tecnológico con lo que, en ese parlamento, la posibilidad de modernidad volvía a estar del todo presente.

Modernos, entonces, ambos escritores. Modernos y pioneros: en tanto exponentes de ese movimiento literario, en principio, y también por sus precursoras menciones al juego en ficción. El ajedrez, así, al aparecer en literatura, es registrado en su creciente inserción social y cultural. Y se lo hace comenzar a vibrar en cuanto a su uso metafórico marcando, con ello, un camino que luego tantos literatos argentinos sabrán recorrer, en el género de ficción, siguiendo la huella trazada por esos brillantes pioneros de las letras nacionales que fueron Lugones y Payró.